



LA VERDAD SOBRE TODO.

EN las columnas de “El Universal” manifestaba no hace muchos días el licenciado Eduardo Pallares lo siguiente:

“Mi querido amigo, culto escritor y hombre honradísimo, Miguel Alessio Robles, me deja perplejo. Aplaudió con entusiasmo la caída del general Díaz, y, sin embargo, ha hecho del dictador la mejor apología que pudiera hacerse, ahondando detalles de la administración y de la vida privada del hombre de Tecuac, para señalar sus méritos, elogiar su probidad, ensalzar sus virtudes personales, etc. Miguel luchó y desafió serios peligros para derrocar a Venustiano Carranza, asociándose después con los prohombres que lo

llevaron a Tlaxcalaltongo, y ahora rinde culto a la memoria del desaparecido y lleva flores empapadas de unción y respeto a la tumba del ex Gobernador de Coahuila; Ministro del general Obregón, distancióse posteriormente y rompió toda clase de relaciones políticas con él. Esto no empece para que también haga una parcial apología del manco de Celaya. Tal actitud, en mi concepto contradictoria, me produce la impresión de que tantos cambios políticos, tanta sangre derramada, tan hondos trastornos sociales han sido inútiles. Si un revolucionario de primera línea, honrado y sincero, presenta al general Díaz como modelo—en muchos puntos—que deben tener a la vista los revolucionarios, entonces se impone un juicio pesimista que pudiera formularse de esta manera: no hemos ganado nada; los hombres de ahora son peores que los de entonces y el fracaso político de la Revolución—que por lo demás se encuentra también reconocido por el general Calles—condena todos los atropellos, todas las injusticias, todos los daños causados por los revolucionarios.”

Nadie me ha consagrado un elogio más grande ni más caluroso que el licenciado

S E N D E R O S

Pallares en las anteriores líneas. Eso demuestra mi imparcialidad, eso demuestra que para juzgar a los hombres que pertenecen a la historia, me he despojado de toda pasión, que estoy desligado de todo interés de partido para aquilatar las cualidades y los defectos de los amigos y de los enemigos. Sólo la justicia ha normado mis actos. Ni la pasión ni el odio han ofuscado mis juicios, los cuales he procurado siempre que estén ajustados a la verdad. El licenciado Pallares no ha expresado que le haya hecho un elogio o un cargo inmerecido a nadie. Lo que sí le parece extraordinario, es que reconozca las virtudes de mis enemigos. Pero más extraordinario le debe parecer que, teniendo ligas de amistad con el general Obregón, siendo su Ministro de Industria, guardándome toda clase de consideraciones, que por cierto yo procuré corresponder lealmente; sin haberme dado motivo personal de ninguna especie, renuncié ese alto cargo, tan sólo porque formuló una acusación pública en contra del señor De la Huerta, acusación que yo juzgué injusta; es más, yo era amigo del ingeniero Pani desde hacía mucho tiempo, nos hablabamos de tú, le puse un cablegrama

a París invitándolo para que viniera a colaborar en el Gobierno del general Obregón, en contra de las opiniones francas de varios correligionarios, y también rompí lanzas con él por ese mismo motivo. Eso sí es doloroso. Verse obligado a romper la amistad con amigos de toda la vida, amistad que deseaba uno conservar en ese entonces, no por interés y conveniencia, sino por cariño y consideración. Pero hasta ahora no dirá el licenciado Pallares que he formulado un cargo injusto en contra del ingeniero Pani. Pero no solamente eso: si mañana alguien calumniara a nuestro actual Ministro en Francia, yo saldría a su defensa.

Donde el licenciado Pallares ve una incongruencia, yo veo una línea recta. Donde él contempla una actitud contradictoria, yo contemplo una conducta serena y justiciera. ¿Qué diéramos nosotros por llamarle al general Díaz traficante y ladrón? Pero no se lo podemos decir, porque no tenemos fundamento alguno. ¡Ni mucho menos después de lo que hemos visto! Sobre todo, mi argumentación es esta: Nosotros contribuimos al derrocamiento del general Díaz; contribuimos también al derrocamiento del señor Ca-

ranza, porque tíñábamos esas administraciones de inmorales y deshonestas. Estábamos, por lo tanto, más obligados que nadie a superarlas en honradez y en probidad en el manejo de los fondos públicos. ¿Lo hemos conseguido? Indudablemente no. ¿Qué más habríamos deseado que entonarle un himno vibrante a la pureza de algunos hombres públicos que se han llamado revolucionarios y solamente han saciado sus bajas ambiciones de lucro y de riqueza? Si para ser consecuente con mi oposición al general Díaz, hoy me pusiera a denostarlo y a calumniarlo, asegurando falsamente que se hizo millonario en la Presidencia de la República, que convirtió en un mercado el Palacio Nacional, faltaría a la verdad, y entonces sí merecería el desprecio y la reprobación de todos. Pero yo no puedo decir lo que no me consta, lo que no esté completamente comprobado. No estoy escribiendo para halagar a mi partido. Estoy escribiendo para toda la nación, y puedan esos ejemplos servir de estímulo a todos los funcionarios públicos.

Lo que ignora el señor Pallares, es que el licenciado Cabrera publicó un folleto en que me atacaba injustamente con motivo

del ruidoso asunto de Juan Felipe, y yo me ví obligado a rechazar esos cargos con singular energía, en candentes cartas privadas que no dí a la publicidad por motivos que no hay por qué explicar, y, sin embargo de ello, he reconocido públicamente, infinidad de veces, las cualidades del famoso Blas Urrea. ¿Hay en esto—pregunto yo— alguna incompatibilidad? Un acto injusto sí sería incompatible con mi carácter, con la línea de conducta que me he trazado en la vida. A mí nada me costaba haber dejado pasar inadvertida la tormentosa requisitoria formulada en contra del señor De la Huerta, no obstante que yo tenía una amistad más íntima con el general Obregón que con su Ministro de Hacienda, no obstante que la conveniencia material y el interés político aconsejaban otra cosa, y preferí renunciar antes que aprobar con mi silencio una actitud que siempre creí perjudicial para el Gobierno que servía, perjudicial también para nuestro país.

Nunca he podido ser un hombre sumiso, incondicional y abyecto. Jamás he estado pendiente del pestañeo de los poderosos para pestañear con ellos. Y si ha fracasado la Revolución en su aspecto mo-

SENDERS

ral, según lo han proclamado algunos de sus corifeos, culpa es de todos aquellos que no supieron cumplir con su deber, y que estaban más obligados que nadie a no traficar con la cosa pública, de acuerdo con la conducta observada por el general Díaz y el señor Carranza, a cuyo derrocamiento contribuimos para implantar un régimen de honradez y moralidad. El licenciado Pallares, que ha sido un luchador toda su vida, es el primero que abomina de los pobres burócratas que están pendientes de lo que piensa el ministro, y yo no puedo imitarlos, aunque sea más fácil seguir esa actitud de servilismo y abyección que permanecer independiente, luchando por la vida con trabajo y perseverancia. No pensamos nunca en halagar a los próceres; solamente queremos apegarnos a la verdad, guardar una actitud decorosa, servir en algo a nuestra patria.

Dice también mi buen amigo el licenciado Pallares que fuí ministro del general Obregón, de quien me distancié posteriormente y rompí toda clase de relaciones políticas con él. "Esto no empece—dice el conocido escritor—para que también haga una parcial apología del manco de

Celaya." Parcial la apología en el sentido de incompleta, seguramente esa interpretación le da el licenciado Pallares; pero me atrevo a asegurar que no pretendió calificarla de injusta, pues yo he dicho del general Obregón que fué un hombre inteligente, valeroso y audaz. Amigo o enemigo del militar sonoreense, tenía esas cualidades. ¿Quién se atreve a negárselas? ¿Por qué no reconocerlas, cuando de esa manera se hace una obra de justicia, cuando de esa manera se destacarían con más relieve, en caso de que los señaláramos, sus errores, como se destacan las figuras alargadas del Greco en un fondo de nubes sombrías? Durante mi vida de estudiante, varias veces oí referir a un honorable amigo mío que el sueldo de treinta pesos de la cocinera del general Díaz figuraba en el presupuesto de la Secretaría de Guerra, como gastos de manutención de dos mulas destinadas a tirar de una pieza de artillería. Si en estos instantes formulara yo semejante cargo en contra del general Díaz, todo mundo se echaría a reír. En primer lugar, no me consta; y en caso de que me constara, se diría que el dictador tuvo cuando menos el decoro y la vergüenza de cubrir las apariencias,

SENDEROS

y después me dirían que tuviera el valor de señalar con civismo a los traficantes de la Revolución, a los que han manchado su bandera, a los que han conculcado sus ideales para enriquecerse a costa de las lágrimas y de las miserias y de los dolores de nuestro pueblo. Por eso he invocado el ejemplo del general Díaz y del señor Carranza que no traficaron nunca con la cosa pública. Los derrocamos, y no les hemos superado cuando estábamos más obligados que nadie a proceder con rectitud, a proceder con honorabilidad. Es cierto que aplaudí la caída del Gobierno del general Díaz; pero también es cierto que el caudillo oaxaqueño le regresó a su Ministro de Hacienda, Benito Gómez Farías, un obsequio que pretendió hacerle, porque era de crecido valor. Es cierto que contribuí al derrocamiento de la administración carrancista; pero también es cierto que el señor Carranza rehusó la casa número 35 de la calle de Lerma, de esta ciudad, casa que deseaban regalarle Juan Barragán y Paulino Fontes. Esos son hechos que no se pueden borrar con el encono o el cariño de nadie. La historia los recogerá para enseñanza eterna de todos nuestros gobernantes.